



JAMES GRIPPANDO

En manos de un extraño

Peyton Shields parecía tener todo cuanto una mujer joven como ella puede desear: éxito en su profesión, la Pediatría, que ejerce en el Hospital Infantil de Boston y un marido que renuncia a su entorno por amor.

Pero esa perfección no es real: teme por la fidelidad de su marido, por la estabilidad de su vida y por los macabros ramos de rosas rojas con los que un admirador secreto le demuestra su amor y amenaza su cordura enviándole mensajes en los que le escribe que la prefiere muerta antes que sin su amor.

Cuando su viejo amigo Gary es secuestrado, Peyton y su marido se sumergen en un pozo de mentiras y sospechas mutuas, donde nadie cree a nadie y todo parece una gran mentira preparada. El peligro está más cerca de lo que ellos creen y la realidad es más tenebrosa de lo que sospechan.

Para Tiffany, ahora y siempre

Muchos son los que proclaman ser leales,
pero es difícil hallar a alguien en quien
confiar.

PROVERBIOS 20, 6

Prólogo

Ella le deseaba. Llevaban sólo cinco minutos en el metro y a él ya no le cabía duda alguna. Rudy poseía el don de detectar las señales más sutiles.

El vagón iba abarrotado y se aseguró de permanecer de pie entre ella y la puerta más cercana. Sus ojos apenas la miraban. Se limitó a apoyarse en la barra y a leer el *Wall Street Journal*; al menos, a fingir que lo leía. Todo en él era pura apariencia: desde los zapatos de un negro brillante hasta la corbata de Armani, pasando por el traje de mil rayas y las gafas de carey.

El tren se detuvo y se abrieron las puertas. Ella se dirigió a la salida, justo en dirección a él. Un largo abrigo de invierno ocultaba su cuerpo, pero su rostro era atractivo. Tenía una boca preciosa.

—Disculpe —le dijo al pasar.

Aunque ella miraba hacia delante, evitando establecer contacto visual, no había conseguido engañarlo. Su tono de voz, su modo de andar, lo bastante lento para dejarle absorber el dulce aroma de su perfume, constituían calculados pasos en el histórico baile del apareamiento. Además, nadie la había obligado a utilizar la salida más próxima; las otras puertas funcionaban igual de bien. Con toda seguridad, el hecho de que su larga melena castaña le hubiera rozado el abrigo al pasar tampoco había sido accidental, y para colmo, había abierto la boca, había separado aquellos labios encantadores y le había dirigido la palabra. «Disculpe». Un mensaje poderoso envuelto en tres valiosas sílabas. En un instante breve pero cargado de

electricidad ella había iniciado la conexión, y si Rudy le hubiera contestado, se habría mostrado receptiva. Habrían charlado. ¿Quién sabe cómo habrían podido acabar?

Sonó el pitido que indicaba que las puertas estaban a punto de cerrarse. Aunque aquélla no era su parada salió del vagón obedeciendo a un impulso. El tren se alejó y dejó a Rudy solo en el andén. Sin embargo, y pese a que había aceptado su invitación, ella se había ido.

«Otra absurda tomadura de pelo».

Intentó calmar la ira y subió las escaleras que conducían a una esquina oscura. A esas horas el centro estaba casi desierto y hacía frío. Se tomó un momento para elegir el camino a seguir y optó por cruzar el distrito financiero de Boston; deambuló por callejuelas que se cruzaban formando ángulos e intersecciones que desafiaban a la lógica, pues seguían el trazado de los antiguos caminos de la ciudad que sólo unos siglos después habían acabado sembrados de edificios de oficinas de cuarenta pisos. Aunque para la mayoría aquella zona constituía un laberinto, Rudy la conocía bien. Años atrás solía atajar por allí cuando se dirigía a la Combat Zone, un área de dos manzanas situada en la parte baja de Washington Street y famosa por la profusión de bares de striptease y sex-shops. Hacía ya tiempo que todo eso había desaparecido, y gracias a las ventajas que ofrecía internet en el tema de la pornografía, ni siquiera echaba de menos los viejos tugurios del centro. Se acabaron los paseos bajo la nieve con una dolorosa erección. Se acabaron las miradas ofendidas de los vecinos que se manifestaban en contra del ambiente del barrio. Se acabó el miedo a ser detenido por masturbarse en las oscuras butacas de un cine porno.

Se abrochó el abrigo y siguió andando por la acera, luchando contra el viento mientras el hielo escarchado crujía bajo sus pies. Quedaba un buen trecho hasta Back Bay. Había bajado del metro varias estaciones antes de lo debido por culpa de los coqueteos de la atractiva Miss Discul-

pas. No lamentaba haberla perdido de vista; debía mantener la concentración: esta noche tenía un trabajo completamente distinto.

Su nombre era Peyton Shields.

Si la hora que resplandecía en la marquesina del banco era correcta, Peyton ya estaría dormida. Con el único fin de asegurarse pasó una hora caminando por el barrio donde ella vivía: subió por Comm Avenue y bajó por Newbury, y finalmente cruzó Clarendon hasta Magnolia. Era la ruta por donde ella solía correr, y durante muchas noches cálidas él había observado su silueta por la acera, vestida con un short diminuto y un top a juego que realzaban las gloriosas formas de su cuerpo. Nunca se habían saludado, nunca habían establecido contacto visual, pero había pasado ante ella muchas veces sin que la chica se percatara. Peyton siempre andaba en otro mundo, enfrascada en la música del iPod que llevaba prendido del cinturón. Rudy adoraba el iPod: un simple par de altavoces conseguía aniquilar las precauciones habituales; encuentra a una mujer con los cascos puestos y podrás seguirla a cualquier parte, podrás meterte prácticamente dentro de sus bragas antes de que se dé cuenta de tu existencia.

El gélido aire nocturno le cortó las mejillas cuando llegó a su apartamento. El vaho salía de su boca en bocanadas cortas y calientes. Se detuvo detrás del desnudo magnolio que había al otro lado de la calle, con la mirada clavada en la puerta principal del edificio de Peyton. Sabía que su marido pasaba la noche fuera de la ciudad: Rudy le había seguido hasta el aeropuerto. Eso significaba que Peyton estaba sola. Sólo ella. Y él.

Cruzó la calle, poniendo especial cuidado en no permanecer demasiado tiempo quieto para no atraer la atención de nadie. Caminaba a paso normal, ni rápido ni lento. La calle estaba desierta, pero tenía suficiente experiencia para no merodear como lo haría un ladrón. Nunca sabías cuándo podía haber alguien mirándote; él lo tenía más

claro que nadie. El corazón le latía a cien por hora cuando alcanzó los peldaños que conducían a la puerta principal. Sentía miedo, aunque más que miedo, era excitación. Un poco de miedo resultaba recomendable, ayudaba a prevenir errores.

Subió los escalones uno a uno: primero el pie derecho, luego el izquierdo. Todos los músculos de su cuerpo parecían haberse sincronizado de repente, los voluntarios y los involuntarios; cada uno de los pasos parecía encajar con los latidos de su corazón. Había recreado esa escena en su mente al menos un centenar de veces, había estudiado las fotos que había tomado de los escalones principales y del porche, había memorizado las condiciones lumínicas, tanto con la lámpara del porche encendida como apagada. Esta noche, ella la tenía apagada, y los escalones sólo estaban iluminados por el resplandor de una farola situada a unos diez metros. Diez y medio, para ser exactos.

Con los guantes puestos, metió la mano en el bolsillo en busca de la llave de la casa. Conseguirla le había resultado bastante fácil. Todos los jueves el marido de Peyton comía en el mismo restaurante, y era tan idiota que le entregaba al aparcacoches el juego completo de llaves. Rudy había trabajado allí el tiempo necesario para hacerse una copia de la llave de la puerta principal.

Le temblaba un poco el pulso. Era un gran paso, pero se sentía preparado. Agarró la llave con firmeza y la dirigió a la cerradura. Con delicadeza, la apoyó sobre la zona metálica mientras la reseguía por los bordes, como si no se atreviera a meterla. Finalmente llevó el extremo hacia la cerradura y lo dejó caer en la ranura, sin introducirla del todo, y se quedó así durante unos segundos. Reprimió el súbito impulso de volver a casa; inspiró profundamente y fue insertándola poco a poco. El flujo de adrenalina aumentaba a medida que la llave penetraba en la ranura. Una unión perfecta, tan gratificante, tan metafórica. Cerró los ojos cuando la llave llegó al punto medio de su recorri-

do, y fue hundiéndola más y más, segundo tras segundo. Cuando los extremos de sus dedos enguantados rozaron la cerradura metálica supo que ya estaba dentro; totalmente dentro. Nunca en su vida había sentido una conexión mayor con otro ser humano, sólo con saber que se encontraba al otro lado. La sensación era casi increíble, de manera que se tocó para asegurarse de que era real y a punto estuvo de gemir de satisfacción. Era inmenso.

Abrió los ojos y sus labios esbozaron una fina sonrisa. Lentamente, pero un poco más rápido que antes, sacó la llave y la besó antes de guardarla. Notaba el corazón desbocado y sentía el cambio que se producía en su interior. Estaba perdiendo el miedo a hacer todo aquello que sabía que ella deseaba; el único temor que le quedaba era que su ejecución no fuera absolutamente perfecta.

Podía esperar hasta que lo fuera.

–Buenas noches, Peyton –murmuró en voz baja.

Después, en silencio, bajó las escaleras y su silueta se desvaneció en la noche.

Primera parte

Invierno

1

Peyton Shields lo presentía. Nadie la había advertido, no había luces de neón en forma de aviso, pero su sexto sentido estaba en plena forma.

Peyton era residente de pediatría de primer año en el Hospital Infantil de Boston, uno de los treinta y siete centros médicos de élite que existían en todo el mundo. Había llegado a la cima gracias a un esfuerzo incansable, excelentes calificaciones académicas y una enorme deuda contraída con la Harvard Medical School. El instinto también formaba parte del paquete, y en ese momento le indicaba que algo raro sucedía.

Aparcó el coche en el espacio reservado para personal médico a las afueras de la clínica North Shore, en Havervill, a unos cincuenta kilómetros al norte de Boston. Peyton se hallaba en aquel estadio de su formación que obligaba a los residentes de pediatría a pasar tres o cuatro días al mes fuera del hospital asistiendo a clínicas de la periferia con el fin de ampliar su experiencia. Entre todas ellas, Havervill, situada en el próspero Merrimac Valley, suponía todo un caramelo. Si uno conducía en cualquier dirección, tenía prácticamente garantizado encontrarse en una ciudad singular de trescientos años de antigüedad, donde el noventa y ocho por ciento de la población blanca tenía unos ingresos superiores al doble de la media anual del estado. Aunque poseía menos encanto que otras poblaciones ubicadas en el valle, el hermoso trazado de la ciudad, estilo reina Ana, y las mansiones aristocráticas que habían surgido de la antaño prominente industria del calzado formaban un conjunto no exento de interés. Con

apenas un diez por ciento de la población viviendo bajo el umbral de la pobreza, la clínica se encargaba de todas las rutinas médicas de pediatría. Aquel día, eso significaba que era Peyton quien se ocupaba de ellas.

—¿Qué hacéis las dos aquí fuera? —preguntó mientras bajaba del coche.

Era una pregunta lógica. A pesar de los veintitrés grados —una ola de calor impropia de finales de febrero—, hallar a Felicia y Leticia Browning de cháchara en la puerta a las nueve y media de la mañana era de lo más irregular. Las dos enfermeras a tiempo completo eran gemelas idénticas pero con personalidades opuestas. Felicia era la más seria de las dos y, con frecuencia, bastante inaguantable.

—Se ha ido la luz —dijo Leticia, con su risita habitual.

—¿Qué raro! Los semáforos funcionaban perfectamente cuando venía hacia aquí.

—Porque vienes del sur —dijo Felicia—. El fallo eléctrico va de aquí hacia el norte.

—¿Qué ha pasado?

—Un terremoto —dijo Leticia.

Más risas.

—Muy gracioso.

—No es ninguna broma —intervino Felicia—. Estamos sobre el borde sur de lo que han dado en llamar la zona activa, cincuenta kilómetros al norte de Boston en dirección a Clinton. Dos docenas de seísmos en los últimos veintiún años, normalmente de intensidad mínima, como éste.

—¿Cómo sabéis todo eso?

—Siempre sabremos más que tú —repuso Felicia, en un tono ligeramente irónico—. Somos enfermeras.

Leticia sacó una radio de pilas del bolsillo del abrigo de su hermana.

—Acaban de entrevistar a un sismólogo de la Universidad de Boston.

—Calla, tonta —dijo Felicia.

–Ah –dijo Peyton, viendo que la cosa iba en serio–. Deduzco que la clínica no tiene generador de emergencia.

Leticia se limitó a reír.

–El doctor Simons canceló todas sus citas de la mañana y se marchó a casa hace una hora –dijo su hermana.

El bueno de Simons. Dirigía la clínica, pero nadie podría acusarle de trabajar demasiado. Para él, *Carpe diem* significaba: «Tómate el día libre».

Las tres mujeres se miraron en silencio, como si esperaran que otra les diera una idea para mantenerse ocupadas. Peyton estaba a punto de entrar cuando un coche irrumpió en el aparcamiento y frenó bruscamente. Se abrió la portezuela del conductor y por ella emergió una adolescente con un bebé en brazos.

–¡Que alguien ayude a mi hijo!

No parecía tener edad para conducir y su voz sonaba aún más desvalida. Peyton corrió hacia ella y cogió al niño.

–¿Cuántos años tiene?

–Veintiún meses –dijo la chica con la voz presa del pánico–. Se llama TJ. Se ha pinchado con una aguja.

–¿Eres su madre?

–Sí. Me llamo Grace.

–Llévalo a la habitación A –dijo Felicia–. Tiene mucha luz natural.

Peyton corrió hacia dentro y avanzó con cuidado por el oscuro pasillo. El llanto del bebé era débil, como si estuviera al borde del agotamiento. Trasladaron la camilla hasta la ventana para aprovechar la luz del sol y después tumbaron al niño en ella.

–La aguja entró por ahí –dijo Grace, señalando la pierna.

Felicia la enfocó con una linterna y Peyton reparó en una herida minúscula en la parte interna del muslo.

–¿De qué clase de aguja se trataba?

–De una aguja de coser. De unos tres centímetros de longitud.

—¿La has traído?

—Todavía la tiene en la pierna.

Peyton lo examinó más de cerca, pero seguía sin verla.

—¿Estás segura?

—Al principio asomaba el extremo. Intenté sacarla, ¿me entiende? Como si friera una astilla... Pero se hundió.

Leticia dispuso el medidor de presión sanguínea alrededor del brazo derecho del bebé y empezó a tomársela.

—¿Estás segura de que era una aguja de coser?

—¿Qué otra cosa podría ser?

Felicia agarró a la chica de las muñecas y le subió las mangas.

—Muéstreme los brazos.

Grace se resistió, pero Felicia era más fuerte.

—No soy una yonqui. Déjame en paz.

Aunque los brazos no presentaban marca alguna, Felicia no se dio por vencida.

—¿Te pinchas en los pies? ¿O es tu novio el que se chuta y deja las agujas tiradas por la casa?

—¡No tomamos drogas, así que vete a la mierda!

Peyton estaba a punto de creer a la chica, pero entonces advirtió las marcas en la parte trasera de la pierna, justo por debajo del dobladillo de la falda.

—¿Es sangre eso que hay detrás de la rodilla?

Grace retrocedió. La enfermera la agarró y le levantó la falda. Ambas piernas estaban salpicadas de puntos sanguinolentos.

—¿Qué está pasando aquí, niña? —dijo Felicia.

—Fue mi novio.

—¿Qué es lo que hizo? —preguntó Peyton.

—Nos peleamos. Empezó a pincharme con el palo, así que cogí a TJ y corrí hacia la puerta. Alcanzó a TJ en la pierna y la aguja se rompió cuando tiré de él.

—¿Un palo con una aguja de coser en el extremo?

—Lo fabricó él mismo. Añadió la aguja al extremo del palo de una escoba. Lo usa para hacerme correr.

—¿Perdona?

Grace bajó la mirada, como si estuviera avergonzada.

—Engordé durante el embarazo y no he conseguido perder peso después de que naciera TJ, así que me obliga a correr. Usa el bastón para azuzarme.

—¿Como si fuera un punzón para el ganado? —preguntó Leticia.

—¿Quién diablos es tu novio? —dijo Peyton—. Me gustaría conocer a ese indeseable.

—Créeme. No te gustaría.

El bebé rompió a llorar. Peyton se lavó las manos y palpó con cuidado la pierna, empezando por el orificio de entrada y subiendo a partir de ahí.

—¿Te duele, chiquitín?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Grace.

—Intento localizar la aguja. Al parecer se ha alejado del punto de entrada. Si no logramos sacarla, podría afectar al riego sanguíneo.

—¡Qué asco! —exclamó la joven, haciendo una mueca—. Podría segarle las venitas.

Era demasiado infantil para comprender la gravedad del caso.

—Mi peor preocupación es que llegue hasta el corazón —explicó Peyton.

—Entonces tienes que sacársela.

—No podemos hacer radiografías sin electricidad. Tiene que ir al hospital.

—Ni hablar —dijo Grace—. En el tiempo que tardemos en llegar la aguja podría alcanzarle el corazón.

—Espera —dijo Peyton—. Creo que ya la tengo.

Con mucha suavidad presionó con dos dedos en la parte interna del muslo del bebé. TJ seguía llorando. Peyton notó el extremo romo de la aguja justo bajo la piel.

—Dame un poco de lidocaína, por favor.

—No pensarás abrirle —dijo Felicia.